

EL COCO Y EL NIÑO

No habría cumplido yo aún los veinte años, todavía en plena época de estudiante decidido y alegre, cuando mi pobre condición financiera ya me obligaba a ganarme algún dinero extra para poder vivir. Fue esto lo que me llevó en una ocasión a mirar las ofertas de trabajo en los periódicos y, tras mucho buscar, encontré un anuncio un tanto sorprendente en el diario local. Se trataba de ir a hacer dormir a un niño - un poco extraño, decía el anuncio - contándole cuentos a eso de las diez de la noche.

En aquella época tenía yo una valoración muy alta de mí mismo y pensé que aquello era pan comido para un joven con tanta imaginación y creatividad como yo entonces creía tener. Sin duda, era el trabajo más a propósito para mí, pues me dejaba el día libre para mis estudios y un buen dinero para mis necesidades.

Así, a la mañana siguiente, me presenté en la dirección que venía en el periódico. Me recibió una señora muy circunspecta y educada quién, después de una breve conversación sobre mis méritos, me dijo: “Se trata tan sólo de hacer dormir a mi hijo contándole una historia nueva cada noche. El problema es que a él le asustan los cuentos que divierten y tranquilizan a los otros niños y sólo le calman y adormecen las historias que a estos asustan y desvelan. Tiene seis años pero ya es muy diferente.”

Aunque lo que me dijo la señora me produjo una cierta inquietud respecto a las capacidades que yo podría tener para resolver a satisfacción el caso, las ciento cincuenta pesetas con las que me pagarían cada semana fueron suficiente aliciente para vencer mis escrúpulos. Quedamos de esta forma de acuerdo en que empezaría mi labor aquella misma noche.

Ya en mi habitación de la pensión, reflexioné sobre mi compromiso. La cosa en realidad no era nada fácil. Se trataba de subvertir todo lo establecido respecto a los niños y, por ello, me puse a cavilar dejando en libertad todo lo que de extraño pudiera haber en mi imaginación. Y a eso así de las ocho de la noche creí

encontrar una solución al problema. Le contaría historias del Coco, ese ser sin imagen que ha asustado a los niños durante siglos y que a mi mismo me había reprimido durante mi niñez. El Coco volvería de nuevo a mi vida, pero esta vez para resolverme un engorro, no a creármelo. Pensando en el Coco, empecé a darme cuenta de algo en lo que nunca había caído antes. Muchos cuentos y nanas que se cantan para dormir a los niños son muy crueles: gavilanes que roban palomas de sus nidos, caballos sedientos a los que no se deja beber, madres muertas, galapaguitos huérfanos, zagalillas asesinadas en los cañaverales,... ¡Un mundo de crueldades y zozobras al que se apela para que el niño, aterrorizado, huya de él y se refugie en un sueño de dulce ignorancia!... No. No era el niño al que habría de conocer esa noche tan extraño. Quizá simplemente era más sensible e inteligente que los otros niños.

Pues en efecto, después de todo, el Coco no es otra cosa que una abstracción poética, un desdibujo inconcreto que ronda las habitaciones y al que nadie ha puesto rostro o figura definitiva ni dado explicación. Pero el Coco no es cruel y el miedo que infunde tiene un carácter cósmico e igualitario. Está en todas partes y nada ni nadie pueden crear barreras defensivas ante él. El Coco no tiene dificultad en ocupar tus sueños, pues el Coco puede ser el poema madre de toda la poesía o la pintura padre de toda impresión plástica creativa y es, por tanto, absolutamente invencible.

Quizá mi niño no haría como los demás niños. Tal vez, en lugar de tratar de darle una forma temporal concreta, terrible y extravagante, de la naturaleza, mi niño, que sin duda poseía una sensibilidad exacerbada, buscaría realizaciones bellas y artísticas de la gran abstracción sin forma que es el Coco en realidad. Si. Mi idea tenía muchos visos de funcionar y sacarme del atolladero en el que me había metido.

A las diez en punto estaba ya en mi puesto de trabajo. El niño, que acababa de cenar, estaba en pijama. Para su edad, era más bien pequeñito y frágil y nada había en él que sobresaliera.

Excepto sus ojos. Negros como la noche e intensos como un relámpago, me miraron fijamente llenos de interés y preocupación. No había en ellos ni una brizna de maldad. Su intensa mirada me escrutó durante un buen rato, al cabo del cual vino la pregunta: “Si te vienes a mi habitación, ¿me contarás los cuentos estúpidos y maliciosos de siempre?...¿O sabes hacer cosas diferentes?...”. “Ni te contaré cuentos de hadas, príncipes o enanos ni te cantaré nanas ridículas y crueles” fue mi contestación, mientras a mi vez lo miraba fijamente. “Cada noche te hablaré del Coco. ¿Te han amenazado alguna vez con él?”.

El niño nunca había oído hablar del Coco. Era el niño tabla rasa con impulsos increíbles sustentados en una inteligencia extraordinaria de bondad e intuición increíbles. Esto lo sospeché enseguida y lo comprobé plenamente durante las cien noches que disfruté de su existencia.

Cada noche le contaba una aparición imaginaria distinta del Coco. Y cada noche creábamos después un mundo imaginario de poesía, colores, inspiración, amor y muerte; todo instigado por la presencia intangible de ese ser abstracto que rondaba nuestra vivienda compartida y al que casi oíamos respirar. Dada la, para mi, inaprensible abstracción del Coco, sólo pude materializarlo a través de algunas de sus representaciones concretas. Sucesivamente le fui presentando al niño al Bute y la Marimanta andaluzas aún sin dibujar por Velázquez, a los expresivos Papos ardientes que se evaporaron una noche en la fiebre de Dalí, al Toro y la Reina Mora fantasmagóricos de las choperas que rehuyen los palacios de los jinetes trágicos de Lorca, a la Gitana castellana con su ilusión presentida por los lobos de Machado, a las Auroras inconcretas y hermosísimas que trajeron las amenazas de cada nuevo día al alma imposible de San Juan de la Cruz. Y el niño se hizo amigo y confidente íntimo de todos ellos. Y a partir de ellos él creó jardines de poesía nueva.

Fui llevando también su alma hasta los rumores de las hojas ante el viento atrapados para siempre en las extrañas sinfonías de Beethoven, hasta los abuelos del mar y los padres de las

montañas; y pudimos percibir los giros silenciosos de los puntos invisibles que generan los grandes amores. Y el niño los recibió y amó a todos, confundándose con ellos. El niño y yo absorbíamos ansiosos todo lo que nos traían los milagros de inspiración creativa de aquellas noches. Ninguna de ellas nos falló.

Junto a la Calandria Terrible de los oasis cuyo canto encantado apaga la sed de los viajeros del desierto justo un minuto antes de morir, junto a la Zarzazúl Silvestre de los valles del norte que extravía con su niebla blanquecina los caminos de los muchachos en busca de ciudades imposibles, junto al Duende Negro que roba la voz a los cantaores y deja en ellos regalos inconcretos de emoción irrepetible, el niño y yo nos acercamos más y más a las riberas bellísimas de la muerte. Y el niño se hizo fuerte en ellas y discurría seguro por entre sus cañaverales de silencio.

Pasaron así días, semanas y meses. Los padres del niño empezaron pronto a comprender que algo muy extraño le estaba pasando a su hijo. Lo veían transfigurarse poco a poco en un ser bello y encendido, casi translúcido. Un ser que casi no podía con la cotidianidad del día, ansioso y casi desesperado por que llegara la noche y las maravillas que ellos no podían ni siquiera intuir. Se daban cuenta de que estaban perdiendo a su hijo. Por eso se apresuraron a hablar conmigo. El padre, un hombre muy cultivado y respetuoso, me dijo: “Querido joven no hay duda de que usted ha conseguido con nuestro hijo lo que nadie antes pudo. El problema es que quizá ha tenido usted demasiado éxito. Vemos que él se separa de nosotros y de la realidad de forma inexorable y sólo sus cuentos le motivan e ilusionan. Ya sólo vive para la noche”.

No supe qué responderle. También yo comprendía lo que aquél buen hombre me estaba diciendo y también a mi me estaban superando los efectos del proceso que yo mismo había desencadenado. Ya desde hacía muchas noches era el niño quien tenía toda la iniciativa, el que descubría las formas más insospechadas y profundas del Coco. Yo me limitaba a escuchar y sentir sus descripciones llenas de metáforas e inspiración de

campos, ríos y montañas que él jamás había visto, de ciudades lejanas cuyos nombres no conocía, de poemas maravillosos e inéditos que nunca había leído.

¿Cómo parar aquél proceso que de ninguna manera podía tener un final feliz? Después de pensarlo mucho, le contesté al padre: “Tiene usted toda la razón. Yo ya no puedo controlar la imaginación de su hijo. Y mucho menos su maravillosa inspiración. Señores, su hijo es el mayor poeta que jamás haya existido. El Coco sólo ha sido el detonante que ha encendido su genio”.

“¿Y qué podríamos hacer ahora?”, intervino la madre llena de congoja. Yo le respondí: “Ayer se cumplieron las primeras cien noches de libertad en la vida de su hijo. Quizá yo no deba volver, pues tal vez esté próximo el momento en que esta libertad llegue a ser incompatible con la vida misma del niño”.

“Pero como usted mismo ha sugerido, nadie puede detener ahora el proceso que sufre mi hijo. Usted es sin duda un joven lleno de imaginación y se le puede ocurrir algo para salvarlo” – dijo el padre. Yo, claro está, no podía desentenderme sin más del asunto. Ni podía ni quería tampoco ya que aquellos cien días habían creado en mi alma un gran cariño por el niño; en realidad el mayor amor que he sentido en toda mi vida. Quedamos así en que yo continuaría mis visitas nocturnas y que trataría de devolver el niño a la vida cotidiana convirtiendo, a partir de ese día, al Coco en un nuevo e inédito ser tangible capaz de expresar las alegrías de la vida del común de los mortales.

Durante mi conversación con sus padres, el niño había permanecido en el jardín jugando con no sé qué extraños seres y leyendas. Antes de marcharme para volver a la noche, quise despedirme también de él. Al besar su carita pálida pude leer en sus ojos una terrible expresión de tristeza y desencanto. Sentí su rechazo a mi traición y su pena más profunda y silenciosa. Nada me dijo, sin embargo, pero su mirada había encendido en mi una

profunda incertidumbre y un miedo impenetrable. Sentí una gran vergüenza ante él y me marché enseguida.

Aquella tarde trabajé febrilmente en la nueva e imposible empresa de convertir al Coco en un portador de habilidades para disfrutar y compartir la vida como hacía la inmensa mayoría, en una nueva regla nemotécnica para conseguir la mediocridad. Fue un trabajo engorroso y muy triste. Al final yo ya no creía en absoluto en mi nueva empresa. Aún así, continué con mi labor. Poco antes de las diez, ya no me quedaba más que tristeza y frustración. Aquél ser tan sensible e inteligente nunca aceptaría el cambio que iba a proponerle. A pesar de ello, recogí mis notas y salí de mi habitación para dirigirme a su casa.

Ya por el camino me asaltaron signos y barruntos de muerte. Me envolvió su olor dulzón y pude percibir nítidamente un viento gélido golpeando las ventanas. Me invadieron el desaliento y el miedo y, después, ya no quedó sino la calma de una extraña noche de verano equivocado. El sentimiento inexorable de culpa vino de pronto y se adueñó de mí mientras lloraba apoyado en el portal de su casa. Quise apurar la copa de mi dolor sin embargo. Y entré en el portal.

Una mesita solitaria cubierta de tela gruesa negra con velas encendidas confirmó sin piedad todo mi desconcierto y un miedo espeso y culpable se hizo con mi alma. Al anochecer habían encontrado su cuerpo casi confundido con los primeros reflejos de la luna, entre las dalias del jardín. Por entre las hojas caídas alrededor de su cuerpo se pudieron distinguir huellas de seres extraños y suspiros de alivio congelados. Para mí fue como si se me hubiese muerto el alma.

Lo enterraron en el cementerio local en una cajita blanca y antigua una tarde muy triste sin gorriones. Me reintegré después a duras penas a mi vida mediocre de estudiante. Luego vino el otoño y la ciudad quedó anclada muy lejos del mar y de aquellas fechas.